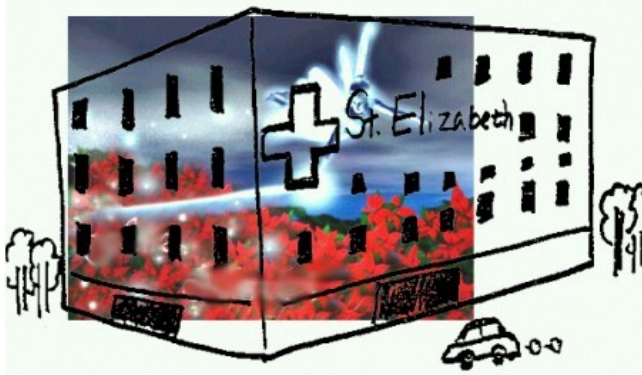


*Sin dudas, sin dudas...*

Dieciséis ojos son los que me miran. Y ocho bocas calladas aquellas que se acercan. Cuatro manos que me tocan y saludan. Y entre todos me rodean y me miran. Hay jóvenes, hay viejos y hay muchos de los otros, en la mitad exacta del camino sin retorno...

Atravesar como enfermo un hospital, siempre es el devenir grisáceo de un equilibrio demasiado frágil y sutil. Y

cuando alguien te habla, intentado explicarte aquello inexplicable, que tienes bien metido en tu cuerpo y en tu yo, sientes un miedo amargo y denigrante. Miedo a las palabras mismas, miedo al significado mismo de esas voces, de esos extraños ruidos, que te van desplegando el subconsciente y sin saber bien adonde va, te lleva paseando por los paisajes interiores de tus peores fantasmas y tus miedos.

Haber dejado de ser sano y ahora ser un pobre enfermo, te transforma en ese alguien que ya no sabe bien quien es, y quien no es. Y cuando todo se nos “desdefine” así en el dolor, se “deslimita” y se expanden tu cuerpo y tu ansiedad, sin saber hasta donde y hasta cuando. Vivir el hospital como un enfermo, es vivir entre personajes muy diversos, de morfología inabarcable, difícil y compleja, en permanente cambio. Conectados apenas con el mundo, y mucho, demasiado, con la misma enfermedad y con la muerte misma.

Y ver que pasa el tiempo y que la enfermedad dura y perdura, nos hace sentir que todo es sueño perdido y sin sentido, como el de un paisaje gélido e invernal, más bien insípido. Melancolía que suele saltarnos en la cara, disfrazándose de humor, y mirando transcurrir la vida anclada en el pasado. Mascullando y maldiciendo, entre remordimientos y entre culpas, que te reordenan la vida con el tiempo, mientras la realidad se maneja en otra dimensión y con otros parámetros distintos... y al final, se marcha del brazo de su esposo, el fétido dolor.

Esperar y esperar. Hay líneas que nunca debieron de cruzarse, es lo que termina enseñándote la vida. Hay carne, hay materia y hay dolor que se vuelven más y más poesía. Más poesía que las palabras mismas. Pero el dolor, es dolor igual...

Hay enfermos que se van con los pies para adelante. Hay quien queda, hay quien se va... pero siempre quedan las preguntas... ¿Qué nos queda entonces, de cada uno de aquellos que se marcha? y si son niños aquellos que se van, quisiera que me expliquen que queda de esas infancias tan perdidas... El silencio solo me responde que quedan huecos en las camas, que quedan pinceladas de la imagen que ya fue, y que solo queda la calidez de algunos versos

que nunca se escribieron...

Y una legión de mujeres enfermeras, cada mañana, cada tarde y cada noche, se derrama por las salas de internados. Son mujeres que arrastran soledades, que empujan sus amores, que barren con los celos, aplastando las inseguridades, y que al final tapan con sus faldas muchas desilusiones, mientras van explorando territorios por debajo de las sabanas.

Su trabajo es el registro de la vida cotidiana y de sus mil formas de vivirla y de morirla. Ellas reparten decenas de consuelos y esperanzas, con sus voces y sus manos. Son un intento del revivir en cada signo de las manos, en cada lógica del gesto, buscando un devolverle el sentido virginal a las palabras y a las voces.

Son personas capaces de ponerse en los zapatos del uno y de aquel otro, desafiando las creencias de verdades, dentro de variadas e infinitas realidades. Son universos diminutos que se acercan, se desarman y se entregan, pues son como los sueños del soñar, que no te dejan siquiera imaginar. Por eso es que no entiendo que una enfermera de frente, pueda tener el mismo nombre que una enfermera de atrás...

Y ellas van y vienen, van y vienen. Y te dejan dormir y te dejan soñar... Soñar ordena el flujo caótico de las emociones desbocadas, mientras se nos apaga la tarde del sábado en el viejo hospital. Los enfermos más graves las aguardan padecientes, como pobres grises parias, rellenos de bacterias, sin horizontes ni esperanzas, que transcurren en sus dramas para nada cristalinos, amenazados de finales paroxísticos.

Hay gente que se muere en una cama, y hay gente que solo se muere para siempre, cuando se pierde en la memoria de la gente que lo quiso. Nadie gana y nadie pierde, mientras el techo de la sala de internados va capturando las voces, y mezclándolas con melodías de "ayes" y dolores.

- *Señor, mire... sabemos que tiene algo... pero no hemos podido encontrarlo. A lo mejor y con el tiempo se le va todo, o empeora, o... bueno, no sabemos. Lo vamos a controlar por consultorios externos. Saque un turno... Agarre sus cosas y ya se puede ir. Esta de alta, señor...*
- *¿Estoy... de alta, doctor?*
- *Sin duda.*
- *¿Sin duda...?*

Dieciséis ojos son los que me miran. Y ocho bocas calladas aquellas que se acercan. Cuatro manos que me tocan y saludan. Y entre todos me rodean y me miran. Hay jóvenes, hay viejos y hay muchos de los otros, en la mitad exacta del camino sin retorno... Es la recorrida de los profesores y los médicos.

Pero cuando se marchan, me asaltan las preguntas... ¿Estoy enfermo, o no? ¿Qué hago con mi vida? ¿Tengo o no tengo, algo? Nada se construye sobre lo que nunca fue, pues la vida solo es una suma de intentos que se hicieron y apenas es una suma de los pocos logros que obtuvimos.

Agarro mis cosas, cargo con mi cuerpo, meto en el bolso a mis miedos, mis angustias y el cepillo de los dientes... y me voy. Me voy hasta la entrada enorme del hospital enorme... donde una señora gorda, grita y grita que me atiendan, que me muero, *¡Qué YO me muero...!* Y puede ser..., pues cuando me caigo al suelo, ya no se más nada de nada...



*fin*